



VaRiA

invención

UNA TARDE EN ROSCOFF CON TRISTAN CORBIERE

Marco Antonio Campos

Amoureux furieux de la mer,
qu'il ne montait que dans la tempête.
Les Poéts Maudits, Paul Verlaine (1884)

Y como sea que por tristeza
has venido a la tierra,
tu nombre será Tristán.
Romance de Tristán e Isolda

1
Era alto, enteco, de rasgos desagradables. Reumático persistente lo deshojaron las lluvias. Arrasó, en bárbaras piraterías, la última embarcación de la nostalgia. Se debatió con la bitácora enloquecida de su imaginación. Su extravagancia sólo era comparable a la de un “perro de hija pública”. Vendió su dignidad en el mercado negro por una botella de mal vino y algunos libros de versos. Por aquel tiempo aún se llamaba Edouard Joachim, pero ya los muertos y los moluscos murmuraban su nombre. . .

2
Lo miré aquella tarde en Roscoff acosado por su perro y el recuerdo. El sol lloraba en las barcas y el mar incendiado parecía una naranja en verano. Me

acerqué: “Tristán, vengo desde la muerte. No estuve nunca entre ustedes y aún no logro acostumbrarme.” Caminamos. Corcovado, con el paso patético de las tortugas y murmurando maldiciones que iban a romperse en el pecho de Dios, aquel cófrade de la angustia con retórica de helminto tropezaba en la vida. Llegamos hasta el cúter que un mal escritor de novelas marítimas un jueves de pascua le regalara. Las velas estaban roídas por la tristeza y con dificultad mordían las amuras. Contemplamos desde cubierta la cáfila de hombres de niebla buscando su condición perdida en la sórdida entraña de una taberna o de una pulpería desmejorada. Una mujer se arrastraba por las calles con el rostro tumefacto, las ropas rasgadas y el vientre hinchado. Un marinero de rostro amarillo con una cicatriz como cimitarra la venía golpeando desde la raíz del mundo. Tristán sonrió. Su rictus se parecía más al de un macho cabrío que al de un hombre. Me ofreció un poco de opio. Fumamos. A la distancia, en un sitio de colores pálidos y donde apenas se percibían las letras borrosas del establecimiento —“Les Eaux Rouges”—, dos prostitutas carcajaban hasta el llanto mientras un policía les introducía la mano por el trasero.

3

Llegamos al camarote. Seguía masticando el opio. Con una mirada lejana y triste y con una voz que semejaba el espasmo de un perro, empezó a hablarme: “La vida es una torturada mentira que ha terminado por aceptarse sin observar que día a día devoramos nuestra propia costumbre. Nuestra contumacia obsesiva se remonta a las entrañas mismas de la madre y no queda borrada sino con el suicidio. En mi vida no conocí nunca el amor; tan sólo lo he soñado. Fui sólo un feroz erudito de proas y de albatros. Bohemio parisiense con palabras de ron y de cetáceo, vómito de Víctor Hugo, demócrata de la muerte y el único hombre circunciso por la tristeza. Trastorné los Evangelios y sus gentes: a la abuela de Jesús, a Jesús lapidado por escéptico, a un ladrón hijo de puta que no teniendo otro camino consiguió la salvación. A Judas que en el comercio sigue torciendo balanzas.”

4

Fuimos hacia alta mar. Un crepúsculo contundente prendía su fósforo al agua. Merlín desató los pájaros. Sibila vendió el oráculo —ahora había en el Parlamento. Mientras en París la Comuna reparte obreros y sueños. Napoleón en la Elba de los nietos pide una cerveza rota. Victoria, que en Southampton, se acostó con un chino por opio y malas palabras. Amores amarillos. “Tristán, allá está la costa.”

5

Paria tenaz sedentario
Lúbrico perro sin hembra
Vivo desconocido en la muerte
Toro amarrado en el mar
Profeta ahogado en las aguas

6

Regresé a la muerte. Seguí recordando aquel excremento de barca con ojos de Pablo y Virginia que un día a babor se extravió en las Columnas de la Imaginación. Mi viejo Tristán que todavía reza en burdeles y en la razón pura de la taberna, sin mujer por la cual hubiera valido la pena sufrir y morir. Joven filósofo embarcado en su propia muerte y con tiempo aún de torturar su epitafio.